



Estados Unidos tiene una rica tradición fascista que incluye tanto movimientos importados como ideologías de origen local. En la foto, manifestación del Partido Nazi Americano, ahora llamado Partido Nacional Socialista del Pueblo Blanco.

USA: El resurgir del Nazismo

UNA de las funciones de los grandes medios de comunicación norteamericanos es mantener el bipartidismo del sistema que reduce las opciones políticas al Partido Demócrata y al Partido Republicano, burdamente caracterizados como "liberales" y "conservadores". Los candidatos independientes, los grupos de izquierda, la extrema derecha son marginados sin contemplaciones, como elementos de desequilibrio que pondrían en peligro el sólido edificio construido en los últimos dos siglos. Este tabú es especialmente severo por lo que respecta a los grupúsculos fascistas y nazis, unánimemente tratados como lacras sociales que manchan la buena imagen de USA y que deben ocultarse. Así, son raras las ocasiones en las que estas "aberraciones" salen a la luz pública. Hay que retroceder a su sonada intervención en los disturbios raciales de Boston en 1974, recogida incluso por las cámaras de RTVE. O las explosiones ocasionales de violencia, como la ocurrida a mediados del pasado febrero en una localidad del Estado

de Nueva York: en venganza por haber sido suspendido de empleo y sueldo por dos semanas, un cargador de ideario fascista se presentó en su lugar de trabajo para "arreglar cuentas" con su jefe, de origen judío, terminando por asesinar a cuatro de sus compañeros —todos de color— y a un policía antes de suicidarse. El homicida —que disponía de un impresionante arsenal y se presentó vestido de uniforme— fue descrito por la prensa y la TV como un "loser", como un ser anormal que sublimaba su incapacidad para las relaciones interpersonales, desarrollando su musculatura y coleccionando recuerdos de la Alemania de Hitler. Aparentemente, su filiación política —pertenecía al racista National States Rights Party— no era un elemento digno de consideración.

A pesar de que los "media" insistan en olvidarlo, Estados Unidos tiene una rica tradición fascista, que incluye tanto movimientos importados como ideologías de origen local. En los años treinta, el Medio Oeste y otras zonas con fuerte concentración de emigrantes germa-

DIEGO A. MANRIQUE

nos fueron el escenario de multitudinarios mítines en honor del III Reich, con profusión de svásticas y desfile de escuadras de "Sturm Abteilung" tan amenazadoras como las de Munich. En el Sur, también florecieron organizaciones neofascistas como la dirigida por Huey Long, gobernador y senador de Louisiana, que antes de morir víctima de un atentado estuvo a punto de instaurar un régimen totalitario en su Estado. Durante aquella época, otros demagogos se beneficiaron del apoyo económico de financieros e industriales reaccionarios, que incluso llegaron a planear un golpe de Estado en el que los militares derribarían al Presidente Roosevelt por "socialista" y "traidor a la Constitución". Naturalmente, estos esfuerzos cesaron con la entrada de USA en la segunda guerra mundial.

Sin embargo, los años de la guerra fría proporcionaron el ambiente necesario para el renacimiento de las ideas nazis. Con la histeria anticomunista desatada por Joe McCarthy, aparecieron unos nuevos demonios y los fascismos de-

rotados fueron enjuiciados de forma más benigna. En 1959, George Lincoln Rockwell, propietario de una importante agencia de publicidad, fundaba el American Nazi Party, e iniciaba la conquista del poder.

Hoy, después de dieciocho años de agitación, varias muertes y numerosas escisiones, no se puede decir que se hallen cerca de su objetivo. Pero tampoco es posible subestimar su penetración en la sociedad norteamericana. En los últimos tiempos, sus representantes se han presentado a las elecciones municipales en muchos distritos, logrando resultados sorprendentes. Por ejemplo, los cuatro candidatos nazis aspirantes a concejales de Chicago recibieron en total el 16 por 100 de los votos emitidos. En otras localidades, aún sin conseguir puestos de importancia, han demostrado contar con el apoyo de un sector del electorado. Extrapolando estos datos, los nazis calculan que hay dieciséis millones de norteamericanos adultos que comparten su ideología, aunque muchos no conozcan sus programas. Es cuestión de tiempo, afirman, el aglutinar esta masa detrás de una sola bandera. Con este fin, ellos explotan hábilmente todos los motivos de descontento.

Hace unos años, fue la crisis energética desencadenada por los miembros árabes de la OPEC. Hicieron correr el rumor de que todo era un complot de los banqueros judíos para involucrar militarmente a USA en el Oriente Medio; el antisemitismo dio buenos resultados en las regiones donde escaseaba la gasolina y el fuel-oil. Luego se mostraron muy activos en la lucha contra el "busing", una medida para acabar con la discriminación racial en la educación que obliga al traslado diario de escolares blancos procedentes de los tranquilos suburbios a escuelas situadas en los barrios negros y viceversa. Hubo batallas campales entre policías y airados padres blancos en muchas ciudades; allí acudieron los nazis a organizar las protestas y denunciar la ineficacia de los dos grandes partidos. Más recientemente han atacado la distensión entre USA y la URSS, que consideran una treta de los judíos para "entregar el país en manos del ogro comunista" (según sus teorías, los judíos también dominan el PCUS, así que todo está urdido de antemano). Incluso están haciendo intentos para beneficiarse de la actual fascinación del cine y el "rock" por los aspectos eróticos del fascismo: algunas facciones permiten que sus miembros lleven pelo largo, barba o mostachos.

George Lincoln Rockwell tal vez hubiera desaprobado estas frivolidades, pero se hubiera alegrado de los progresos de sus retoños. Pero

Rockwell ya no está aquí para verlo. En 1967 fue muerto de un disparo por un antiguo guardaespaldas y colaborador al que había expulsado del partido por su origen griego. Con su muerte, los nazis perdieron a su principal portavoz, viéndose obligados a cambiar de estrategia. Así, el American Nazi Party pasó a llamarse NSWPP, Partido Nacional Socialista del Pueblo Blanco. Secretamente, llegaron a aceptar fondos de los republicanos al participar en una campaña para convencer a los partidarios de George Wallace de la necesidad de votar por Richard Nixon y derrotar al "candidato rojo", George McGovern. Descontentos con esta política de compromisos coyunturales y con la falta de acción directa, un número de afiliados —dirigidos por un tal Joe Tommasi— se separaron para fundar el Frente de Liberación Nacional Socialista, que se responsabilizó de una cadena de atentados contra locales de organizaciones izquierdistas en California y que también estuvo envuelto en tiroteos con activistas de la Liga de Defensa Judía. En 1976, Tommasi visitó en plan matón el cuartel general del NSWPP y fue muerto por uno de los guardias de seguridad.

La historia del NSWPP tiene otros muchos curiosos incidentes. Matt Koehl, actual comandante en jefe, procedía de Chicago, área que quedó bajo el mando de Frack Collin tras la muerte de Rockwell. Collin inauguró un cuartel del partido muy bien dotado, del que fue expulsado cuando un periodista reveló que era judío y que su padre incluso había pasado por Dachau. Collin respondió que era una conspiración sionista y —al puro estilo "gangsteril"— reconquistó el local mediante un asalto nocturno y convirtiéndolo en la sede de su propio partido, bautizado sin mucha imaginación como National Socialist Party.



Como se puede ver, los nazis americanos sienten una tendencia irresistible hacia las rupturas violentas. Hay otros muchos grupos diseminados por el país. En Nueva York, está el Partido del Renacimiento Nacional, que incluso tiene un espacio en una cadena de TV. En el Sur, el NSWPP y el Partido de los Derechos Nacionales de los estados compiten con el decrépito Ku-Klux-Klan y el Partido Americano Independiente de George Wallace. En el Sur de California también proliferan los grupos fascistas, como se puede comprobar en el documento "California Reich", uno de los raros intentos de aproximación a los nuevos nazis.

El FBI —que nunca se ha esforzado en controlarlos— asegura que estos partidos rara vez tienen más de unos cuantos centenares de miembros y simpatizantes. Sin embargo, sus panfletos y periódicos —con nombres como "White

Power" y "The Thunderbolt"— tienen tiradas de muchos miles de ejemplares. El contenido básico de estas publicaciones son informaciones y comentarios sobre "el problema judío" y "el problema de los negros": reproducción de declaraciones amenazadoras de activistas de color, revelaciones sobre los sionistas que ocupan altos puestos en la industria y el Gobierno de la URSS y los Estados Unidos, noticias alarmantes sobre los países africanos y su enfrentamiento con los regímenes racistas, historias de crímenes repugnantes atribuidos a judíos, etcétera. Y de fondo, una y otra vez, sus "soluciones": los negros deben ser repatriados a África, la raza judía debe ser eliminada totalmente. Claro que "no es cuestión de salir a matar judíos y negros, ya que así no se adelantaría nada; debe ser un programa a escala internacional".

Como complemento, estos periódicos incluyen ataques al Tribunal Supremo ("nueve viejos obscenos que favorecen la promiscuidad racial"), a la policía ("más bajo que los judíos y los negros está la policía, que los protege"), al arte moderno (tergiversando declaraciones de Picasso), a las películas de "propaganda contra la raza aria" (como "Marathon man"), a los emigrantes portugueses (que "están poniendo en peligro la pureza de las razas europeas"), al Gobierno Suárez (que "ha abierto las puertas a las hordas marxistas"), a los portorriqueños ("Puerto Rico debe ser declarado independiente antes de que todos los monos de la isla nos invadan"), al sistema penitenciario (todas las principales prisiones americanas cuentan con células fascistas), al aborto ("es un delito contra la Humanidad el matar a un niño de raza blanca") y otros odiados enemigos.

La imagen que en Estados Unidos se tiene de estos nazis es más bien inofensiva: una pandilla de excéntricos que se reúnen ocasionalmente para disfrazarse, ver religiosamente películas de Leni Riefenstahl, escuchar viejos himnos de la Wehrmacht y gritar "¡Heil Hitler!", un puñado de gentes gregarias con problemas de adaptación que se sienten reconfortados por las teorías de la supremacía de la raza blanca. Pero son algo más que fascistas de opereta: son el producto último del racismo omnipresente en la sociedad norteamericana. Unos espectros mucho más peligrosos de lo que parecen: los protagonistas de este nuevo brote parecen estar dispuestos a renunciar al aislacionismo que caracterizó a otros movimientos reaccionarios de la historia norteamericana. Los principales partidos neonazis, neofascistas de USA van a enviar delegaciones a la convención internacional fascista que se celebra este año en Discksmuide. Allí montarán otra cruzada contra la libertad. ■



Estos nazis son algo más que fascistas de opereta: son el producto último del racismo omnipresente en la sociedad norteamericana.

GG Colección Punto y Línea

Novedad Mayo

Décio Pignatari
Información, lenguaje,
comunicación

Ptas. 130,-

Últimos títulos publicados

Margarita Rivière
La moda, ¿comunicación
o información?

Ptas. 240,-

Paolo Bertetto
Cine, fábrica y vanguardia

Ptas. 180,-

M. Caldwell
Socialismo y medio ambiente

Ptas. 160,-

René Berger
Arte y comunicación

Ptas. 130,-

Christopher Alexander et al.
Urbanismo y participación

Ptas. 180,-

Herbert I. Schiller
Comunicación de masas
e imperialismo yanqui

Ptas. 190,-

Francesco Poli
Producción artística y mercado

Ptas. 180,-

Colección Comunicación Visual

Últimos títulos publicados

José Luis Rodríguez Diéguez
Las funciones de la imagen
en la enseñanza

V. Bozal / T. Llorens (Eds.)
España. Vanguardia artística
y realidad social: 1936-1976

Ptas. 450,-

Hermann K. Ehmer et al.
Miseria de la comunicación
visual

Ptas. 780,-

Editorial
Gustavo Gili, S. A.